

que Atila, Timur-leng ó Ahuizotl; y los que han hallado en los rayos Roentgen, en las propiedades del «radium» y en la radioactividad de los cuerpos una tentación premiosa para agregar al mundo visible otro mundo insospechado y que podríamos llamar sobrenatural, si la naturaleza nos fuera realmente conocida; toda esa especie de remoción del Cosmos efectuada desde el fondo del laboratorio, que despierta cada día de labor y de observación la forma nueva de una fuerza latente, de donde surgen sin solución de continuidad los fenómenos analizables, clasificables por los procedimientos de la ciencia, que es á modo de inflexible pauta aplicada por nuestro espíritu á la tela sin fin de los seres; todo esto no puede compararse en trascendencia para la humanidad, en influencia sobre el destino del ser humano, á la invención de la imprenta y al descubrimiento de la América en el siglo XV, así como estos hallazgos resultan insignificantes al lado del de la producción voluntaria del fuego, sin el cual el hombre habría sucumbido en los albores del período cuaternario.

La imprenta engendró al libro que puso al espíritu en contacto consigo mismo, y el descubrimiento de América completó á la humanidad, que se sentía deficiente, y reemplazó la fe teológica con la fe científica. De entrambas nació la edad moderna: de entrambas nació la Universidad de México que, con la de Lima, constituye la primera tentativa de los monarcas españoles para dar alas al alma americana, que comenzaba á formarse dolorosamente.

La parlante casa de estudios no fué un puerto para las naves que se atrevían á surcar los mares nuevos del intelecto humano en el Renacimiento; no, ya lo dijimos, la base de la enseñanza era la escolástica, en cuyas mallas se habían vuelto flores de trapo las doctrinas de los grandes pensadores católicos que, con Tomás de Aquino y Vives, habían desaparecido de la escena, que quedó vacía hasta el Cardenal Newman, no de inteligencia y sentimiento místico, que fueron siempre exuberantes, sino de genuina creación filosófica. Deduciendo siempre de los dogmas, superiores ó extraños á la razón, ó de los comentarios de los Padres, y peritísimos en recetas dialécticas ó retóricas, los maestros universitarios, aquí como en la vieja España, hacían la labor de Penélope y enseñaban cómo se podía discurrir indefinidamente siguiendo la cadena silogística para no llegar ni á una idea nueva ni á un hecho cierto; aquello no era el camino de ninguna creación, de ninguna invención: era una telaraña oral hecha de la propia substancia del verbo, y el *quod erat probandum* no probaba sino lo que ya lo estaba en la proposición original. Y esta técnica era la que se aplicaba á los estudios canónicos, jurídicos, médicos y filosóficos; como que la Teología hablaba como ama y señora, y como ciencias esclavas las otras.

Ya podían resultar, como resultaron, universitarios que eran prodigios razonantes de memoria y de silogística, entre profesores y alumnos de la Universidad; aquel organismo se convirtió en un caso de vida vegetativa y después en un ejemplar del reino mineral: era la losa de una tumba: el epitafio lo ha escrito el Padre Agustín Rivera en la Historia de la Filosofía en la Nueva España.

En vano el Obispo Palafox, lleno de inquina contra la Compañía de Jesús, intentó en el siglo XVII galvanizar aquel cadáver; pronto volvió á la impotencia, á la atonía, á la descomposición. La educación jesuítica, radicalmente imperfecta como es, porque basa toda la educación del carácter en la obediencia ciega y muda, y porque hace del conocimiento de los clásicos latinos la parte principal de la enseñanza, sin poder penetrar en la verdadera alma clásica, que fué la del

Renacimiento, por ellos anatematizada, estuvo en México en manos de hombres de soberana virtud, tan cultos en su época, tan humanos, tan abnegados como misioneros, tan dúctiles como cortesanos, tan tolerantes en el sentido social del vocablo, tan penetrantes psicólogos y tan empeñados en levantar el alma mexicana, que la Universidad entró en un rápido ocaso de luna en presencia de aquel sol moral y mental que le nacía enfrente. Fué irremediable su decadencia hasta como escuela para formar clérigos; pronto los seminarios conciliares, nacidos de las prescripciones tridentinas y ajustados á ellas, hicieron á la Universidad una competencia muy práctica y eficaz; los grados fueron poco á poco un honor depreciado, un modo de proporcionar recursos á los viejos doctores universitarios. Ni siquiera la expulsión de los jesuitas, decretada por Carlos III, sirvió á la Universidad, dejándole el campo libre; ni siquiera pudo así atraerse á la clientela criolla, que pertenecía por completo á los padres expulsados, reanimando su enseñanza; nada; fué muy lenta, pero irremediable su agonia. No supo, ni habría podido quizás, abrir una puerta al espíritu nuevo y renovar su aire y reoxigenar su viejo organismo que tendía á convertirse en piedra: no lo supo, y fueron los seminarios los que prepararon el espíritu de emancipación filosófica, obligando á sus alumnos á conocerlo en las refutaciones que de él se hacían ó en algunos libros clandestinamente importados en las aulas; y fueron los seminarios y no la Universidad los que cultivaron silenciosamente las grandes almas de los insurgentes de 1810, en las que, por primera vez, la Patria fué.

Cuando los beneméritos próceres que en 1830 llevaron al gobierno la aspiración consciente de la Reforma, empujaron las puertas del vetusto edificio, casi no había nadie en él, casi no había nada. Grandes cosas vetustas, venerables unas, apolilladas otras; ellos echaron al cesto las reliquias de trapo, las borlas doctorales, los registros añejos en que constaba que la Real y Pontificia Universidad no había tenido ni una sola idea propia, ni realizado un solo acto trascendental á la vida del intelecto mexicano; no había hecho más que argüir y redargüir en aparatosos ejercicios de gimnástica mental en presencia de arzobispos y virreyes durante trescientos años.

No puede, pues, la Universidad que hoy nace, tener nada de común con la otra; ambas han fluido del deseo de los representantes del Estado de encargar á hombres de alta ciencia de la misión de utilizar los recursos nacionales en la educación y la investigación científicas, porque ellos constituyen el órgano más adecuado á estas funciones, porque el Estado ni conoce funciones más importantes, ni se cree el mejor capacitado para realizarlas. Los fundadores de la Universidad de antaño decían: «la verdad está definida, enseñadla;» nosotros decimos á los universitarios de hoy: «la verdad se va definiendo, buscadla.» Aquellos decían: «sois un grupo selecto encargado de imponer un ideal religioso y político resumido en estas palabras: Dios y el Rey.» Nosotros decimos: «sois un grupo en perpetua selección dentro de la substancia popular, y tenéis encomendada la realización de un ideal político y social que se resume así: democracia y libertad.»

Para llegar más brevemente, no á realizar sus fines, porque la historia del pensamiento humano prueba que no se realizan nunca, aunque se vayan realizando todos los días, sino á hacerse dueño de los medios de realizarlos, el legislador ha querido reducir, para intensificarla, la acción directa de la nueva institución. No por esto, sin embargo, la hemos creado extraña á toda ingerencia en la educación primaria, la más fundamental, la más necesariamente nacional; pero

esa ingerencia no podía pasar del límite de la información precisa venida por el conducto más autorizado. No podía pasar de allí, porque consta en nuestras leyes el acuerdo entre el pueblo y el Gobierno para reservar á éste cuanto á la primera educación se refiere. Este acuerdo es indiscutido, y nosotros los mexicanos lo consideramos indiscutible; pertenece al orden político: consiste en que, penetrados hondamente del deber indeclinable de transformar la población mexicana en un pueblo, en una democracia, nos consideramos obligados á usar directa y constantemente del medio más importante de realizar este propósito, que es la escuela primaria. Todos los demás medios coadyuvan; no hay uno solo de cuantos significan paz, progreso, que no sea educador, porque no hay uno solo que no acerque á los pueblos y propague el amor al trabajo y facilite la marcha de la Escuela; pero ésta, que sugiere hábitos, que trata de convertir la disciplina externa en interna, que unifica la lengua, levantando una lengua nacional sobre el polvo de todos los idiomas de cepa indígena, creando así el elemento primordial del alma de la Nación; esta escuela, que prepara sistemáticamente en el niño al ciudadano, iniciándolo en la religión de la Patria, en el culto del deber cívico; esta escuela forma parte integrante del Estado, corresponde á una obligación capital suya, la considera como un servicio público, es el Estado mismo en función del porvenir.

Tal es la razón primera de nuestro sistema y tal es la de haber mantenido fuera del alcance universitario á las escuelas normales, á pesar de que no ignoramos la tendencia actual de substituir á la enseñanza normal una enseñanza pedagógica universitaria. No sé cuáles resultados produciría en otras partes; aquí sindicamos de desastroso régimen semejante, en el momento actual de nuestro desenvolvimiento escolar.

La Universidad está encargada de la educación nacional en sus medios superiores é ideales; es la cima en que brota la fuente, clara como el cristal de la fuente horaciana, que baja á regar las plantas germinadas en el terruño nacional y sube en el ánimo del pueblo por alta que éste la tenga puesta. En tanto, todo aquello que forma parte de disciplinas concretas y utilitarias ligadas con el desenvolvimiento de necesidades de que depende en parte la vida actual del Estado, como las enseñanzas comerciales é industriales, materia de futuras universidades; todo lo que es necesario proteger perseverantemente en el orden económico, porque lo tenue de la ambiencia en que evoluciona exige la creación temporal de medios facticios favorables á esa evolución que tenemos por indispensable á la cultura nacional — me refiero á las enseñanzas estéticas —, quedan en nuestro plan pedagógico en su situación actual, también en la íntima dependencia del Estado.

Así, pues, la Universidad nueva organizará su selección en los elementos que la escuela primaria envía á la secundaria; pero ya aquí los hará suyos, los acendrará en fuertes crisoles, de donde extraerá al fin el oro que en medallas grabadas con las armas nacionales pondrá en circulación. Esa enseñanza secundaria está organizada, aquí y en casi toda la República, con una doble serie de enseñanzas que se suceden preparándose unas á otras, tanto en el orden lógico como en el cronológico, tanto en el orden científico como en el literario. Tal sistema es preferido al de enseñanzas coincidentes, porque nuestra experiencia y la conformación del espíritu mexicano parecen darle mayor valor didáctico; sin duda que está en cierta pugna con la actual interdependencia científica; mas su relación con la historia de la cien-

cia y con las leyes psicológicas que se fundan en el paso de lo más á lo menos complejo, es innegable.

Sobre esta serie científica que informa el plan de nuestra enseñanza secundaria, «la serie de las ciencias abstractas» que apellida Augusto Comte, está edificado el de las enseñanzas superiores profesionales que el Estado expensa y sostiene con cuanto esplendor puede, no porque se crea con la misión de proporcionar carreras gratuitas á individuos que han podido alcanzar ese tercer ó cuarto grado de la selección, sino porque juzga necesario al bien de todos que haya buenos abogados, buenos médicos, ingenieros y arquitectos; cree que así lo exigen la paz social, la salud social y la riqueza y el decoro sociales, satisfaciendo necesidades de primera importancia. Sobre estas enseñanzas fundamos la Escuela de Altos Estudios; allí la selección llega á su término; allí hay una división amplísima de enseñanzas; allí habrá una distribución cada vez más vasta de elementos de trabajo; allí convocaremos, á compás de nuestras posibilidades, á los príncipes de las ciencias y las letras humanas, porque deseamos que los que resulten mejor preparados por nuestro régimen de educación nacional, puedan escuchar las voces mejor prestigiadas en el mundo sabio, las que vienen de más alto, las que van más lejos; no sólo las que producen efímeras emociones, sino las que inician, las que alientan, las que revelan, las que crean. Esas se oirán un día en nuestra Escuela; ellas difundirán el amor á la ciencia, amor divino, por lo sereno y puro, que funda idealidades como el amor terrestre funda humanidades.

Nuestra ambición sería que en esa Escuela, que es el peldaño más alto del edificio universitario, puesto así para descubrir en el saber los horizontes más dilatados, más abiertos, como esos que sólo desde las cimas excelsas del planeta pueden contemplarse; nuestra ambición sería que en esa Escuela se enseñase á investigar y á pensar, investigando y pensando, y que la substancia de la investigación y el pensamiento no se cristalizase en ideas dentro de las almas, sino que esas ideas constituyesen dinamismos perennemente traducibles en enseñanza y en acción, que sólo así las ideas pueden llamarse fuerzas; no quisiéramos ver nunca en ella torres de marfil, ni vida contemplativa, ni arrobamientos en busca del «mediador plástico»; eso puede existir, y quizás es bueno que exista en otra parte; no allí, allí no.

Una figura de implorante vaga hace tiempo en derredor de los «templa serena» de nuestra enseñanza oficial: la Filosofía; nada más respetable ni más bello. Desde el fondo de los siglos en que se abren las puertas misteriosas de los santuarios de Oriente, sirve de conductora al pensamiento humano, ciego á veces. Con él reposó en el estilóbato del Partenón, que no habría querido abandonar nunca; lo perdió casi en el tumulto de los tiempos bárbaros, y, reuniéndose á él y guiándolo de nuevo, se detuvo en las puertas de la Universidad de París, el «alma máter» de la humanidad pensante en los siglos medios; esa implorante es la Filosofía, una imagen trágica que conduce á Edipo, el que ve por los ojos de su hija lo único que vale la pena de verse en este mundo, lo que no acaba, lo que es eterno.

¡Cuánto se nos ha tildado de crueles y acaso de beocios, por mantener cerradas las puertas á la ideal Antígona! La verdad es que en el plan de la enseñanza positiva la serie científica constituye una Filosofía fundamental; el ciclo que comienza en la Matemática y concluye en la Psicología, en la Moral, en la Lógica, en la Sociología, es una enseñanza filosófica, es una explicación del Universo; pero si como enseñanza autonómica no podíamos darle en nuestros programas

su sede marmórea, nosotros que teníamos tradiciones que respetar, pero no que continuar ni seguir; si podíamos mostrar el modo de ser del Universo hasta donde la ciencia proyectara sus reflectores, no podíamos ir más allá, ni dar cabida en nuestro catálogo de asignaturas a las espléndidas hipótesis que intentan explicar no ya el «cómo» sino el «por qué» del Universo. Y no que hayamos adoptado un credo filosófico que fuese el «positivismo»: basta comparar con la serie de las ciencias abstractas propuesta por el gran pensador que lo fundó, la adoptada por nosotros para modificar este punto de vista; no, un espíritu laico reina en nuestras escuelas; aquí, por circunstancias peculiares de nuestra historia y de nuestras instituciones, el Estado no podría, sin traicionar su encargo, imponer credo alguno; deja á todos en absoluta libertad para profesar el que les imponga ó la razón ó la fe. Las lucubraciones metafísicas que responden á un invencible anhelo del espíritu y que constituyen una suerte de religión en el orden ideal, no pueden ser materia de ciencia; son supremas síntesis que se ciernen sobre ella y que frecuentemente pierden con ella el contacto. Quedan á cargo del talento, alguna vez del genio, siempre de la conciencia individual; nada como esa clase de mentalismos para alzar más el alma, para contentar mejor el espíritu, aun cuando, como suele suceder, proporcionen desilusiones trágicas.

Hay, sin embargo, trabajos de coordinación, ensayos de totalización del conocimiento que sí tienen su raíz entera en la ciencia, y una sección en la Escuela de Altos Estudios los comprende bajo el título de «Filosofía.» Nosotros abriremos allí cursos de Historia de la Filosofía, empezando por la de las doctrinas modernas y de los sistemas nuevos ó renovados desde la aparición del positivismo hasta nuestros días, hasta los días de Bergson y William James. Y dejaremos libre, completamente libre el campo de la metafísica negativa ó afirmativa, al monismo por manera igual que al pluralismo, para que nos hagan pensar y sentir, mientras perseguimos la visión pura de esas ideas eternas que aparecen y reaparecen sin cesar en la corriente de la vida mental: un Dios distinto del Universo, un Dios immanente en el Universo, un Universo sin Dios.

¿Qué habríamos logrado si al realizar este ensueño hubiéramos completado con una estrella mexicana un asterismo que no fulgurase en nuestro cielo? No; el nuevo hombre que la consagración á la ciencia forme en el joven neófito que tiene en las venas la savia de su tierra y la sangre de su pueblo, no puede olvidar á quién se debe y á qué pertenece; el *sursum corda* que brote de sus labios al pie del altar debe dirigirse á los que con él han amado, á los que con él han sufrido; que ante ellos eleve, como una promesa de libertad y redención, la hostia inmaculada de la verdad. Nosotros no queremos que en el templo que se erige hoy, se adore una Atena sin ojos para la humanidad y sin corazón para el pueblo, dentro de sus contornos de mármol blanco; queremos que aquí vengan las selecciones mexicanas en teorías incensantes para adorar á Atena «promakos,» á la ciencia que defiende á la Patria.

Señor Rector de la Universidad:

Al depositar en vuestras manos el gobierno universitario, el Jefe de la Nación ha querido premiar una labor santa de más de medio siglo, en que habéis puesto al servicio de varias generaciones escolares no sólo vuestra inteligencia, sino vuestro corazón. No sólo habéis sido un profesor, sino un educador; no sólo habéis formado juriscónsultos, sino habéis formado hombres; sus almas eran como todas, cálices: ó de arcilla, ó de cristal, ó de oro; en cada uno de esos cálices

habéis depositado una gota de vuestra alma buena. Hoy vais á continuar vuestra obra desde más alto, dirigiendo la primera marcha de la Universidad naciente; nada olvidaréis en el desempeño de vuestra árdua y fecunda tarea: ni vuestra impecable ciencia de jurista, ni vuestro amor por el pasado, ni vuestra fe, juvenil todavía, en el progreso. Contáis, para el desempeño de vuestra misión, con la ardiente simpatía de tres generaciones de hombres de estudio, con el respeto de la sociedad, con la confianza del Gobierno, de quien vuestro encargo rectoral os constituye en colaborador íntimo.

El pueblo de México y su Gobierno y la Universidad á cuyo nacimiento asistís como buenas hadas, señores Delegados Universitarios, os dan por vuestra deferencia las gracias más efusivas y os ruegan que las transmitáis á vuestras Universidades respectivas, á quienes desde hoy consideramos como nuestras hermanas maternas, como nuestras consejeras, como nuestras amigas. Tres de entre ellas han sido llamadas, por eminentemente representativas, para apadrinar en nombre de todas, porque todas habrían merecido esta distinción, este acto que quedará marcado hondamente en los anales de la vida moral de México: la Universidad de París, la que enseñó á la Edad Media su lenguaje intelectual, la que inició la vida del pensamiento puro alzando desde lo alto de Santa Genoveva la antorcha de Abelardo, que casi era una protesta, que era casi una herejía; la Universidad de París, la maestra universal, el «alma máter» de cuatro siglos de Teología y Filosofía, la que con su vida y su agonía larguísima y con su muerte y su transformación imperial y su espléndida resurrección de hoy, prueba que la inteligencia está condenada á eclipses y catalepsias cuando no respira su oxígeno, que es la libertad. La Universidad de Salamanca, en cuyos estatutos se sembró la planta exótica de nuestra Universidad colonial, porque representa nuestra tradición, porque en ella queremos proclamar nuestro abolengo, del que, á riesgo de ser tenidos no sólo por ingratos, sino por incapaces de sentido histórico, es decir, por incapaces de cultura, no podemos renegar, como no renunciamos tampoco á nuestro abolengo indígena, dígalos nuestro orgullo en refundir en la misma religión cívica las memorias del azteca Cuauhtémoc, del criollo Hidalgo y del zapoteca Juárez. La Universidad de California, nuestra amiga más antigua, con ser tan joven, tipo de estas instituciones tales como en América se conciben, abiertas de par en par á las corrientes nuevas, buscadoras de todas las enseñanzas, de cualquiera procedencia que sean, con tal que dejen su simiente en el suelo patrio y que, bajo la altísima dirección intelectual y moral de su Presidente, puede tomar como lema el apotegma de William James: «la experiencia inmediata de la vida resuelve los problemas que desconciertan más á la inteligencia pura.»

A estas tres Universidades asociamos, en nuestro afecto y nuestra gratitud, á todas las otras que nos han enviado sus saludos de simpatía, ó que han venido aquí en las personas de sus enviados.

El cerebro moderno ellas lo componen; la unidad del mundo intelectual, de la civilización humana, ellas la constituyen; la acción benéfica de la ciencia sobre el desenvolvimiento social, parte de ellas sobre todo; el día, hagamos votos porque no esté lejos, en que las Universidades se ligen y confederen en la paz y el culto del ideal en el progreso, se realizará la aspiración profunda de la historia humana.

Señor Presidente de la República:

La Universidad Nacional es vuestra obra; el Estado espontáneamente se ha desprendido, para constituirse, de una suma de poder que nadie le disputaba, y vos no habéis vacilado en hacerlo así, convenci-

Discurso pronunciado por el señor Profesor Ernest Marti-  
nenche, Delegado de la Universidad de París, en el acto  
de la inauguración de la Universidad Nacional de México,  
el 22 de septiembre de 1910.

Señor Presidente de la República:

Señores Ministros:

Señor Rector:

Señoras y señores:

Bien puede enorgullecerse México del éxito de las fiestas anteriores y de los testimonios de admiración y simpatía que le vinieron de todas las partes del Antiguo y del Nuevo Continentes. Creo, sin embargo, que ninguna exageración se encuentra en sostener que de todas las inauguraciones que se verificaron con motivo del Centenario, la de más trascendencia es la que tenemos hoy día la honra de presenciar. Para México, como para cualquiera democracia, el problema siempre nuevo y urgente es el de la educación. Difundir la instrucción en todas las partes del país, y, para formar maestros en los distintos grados de la enseñanza, coordinar los esfuerzos y los modos diversos de investigación científica, esa es la tarea esencial en todos los pueblos que se jactan de civilizados. De esa verdad indiscutible se enteraron perfectamente el ilustre Presidente de la República, el eminente Ministro de Instrucción Pública y su distinguido Subsecretario. De la amplitud y penetración de su criterio, ¿qué mejor prueba que las mismas condiciones en que se funda la nueva Universidad Nacional de México? No nos encontramos, señores, delante de un edificio recién construido; tampoco estamos convidados á ver echar una paletada de cemento sobre una piedra pompósamente llamada la primera; lo que presenciamos, señores, es algo más duradero que los palacios más suntuosos; es, si se permite la expresión, la integración en un alma eterna de las diversas fuerzas educadoras de la gran República de México.

A la gloriosa evolución de esta nueva entidad moral, ninguna Universidad más que la de París dará vivos y sinceros aplausos. Muy agradecida está del honor que se le ha dispensado. Es ella una madrina bastante vieja; pero que siempre está adelante y que va á tener á su ahijada un cariño especial. Yo me la presento acercándose á la nueva Universidad Mexicana, que ya luce todas las galas del presente y del porvenir, y me parece que le está diciendo: «Hija mía, si en algo te puedo ser de provecho, á tu entera disposición estoy y quedaré. Yo no sueño en ninguna conquista, y á nada quiero ayudarte más que á conquistar ó á mantener tu originalidad é integridad. Ningún peligro encontrarás en los métodos que suelo enseñarte, porque imitar á Francia no significa otra cosa sino poner en su estilo más claridad, en su pensamiento más humanidad. Hija mía, tu historia ha de ser muy semejante á la mía. Yo he sido entre el Norte y el Sur de Europa el intermediario más útil. El mismo papel puedes y debes desempeñar entre la América Septentrional y la América Meridional. Del Norte te vendrá el espíritu práctico y la energía continua. Son esas cualidades preciosas. Saca de estos ejemplos todo el provecho necesario; pero, sobre todo, conserva, como el más puro tesoro, la tradición íntegra del idealismo latino.

«Todos los adelantos de la civilización industrial nunca compensarían la pérdida de lo único que da á la vida su precio y signifi-

do de que el gobierno de la ciencia en acción debe pertenecer á la ciencia misma. ¿Sabrá el nuevo organismo realizar su fin? Lo esperamos y lo veremos.

Mucho habéis hecho por la Patria, señor; hoy el mundo contempla de cerca con qué solemne devoción os habéis puesto al frente de la glorificación de nuestro pasado, que, oscuro y triste como es, ha sido aceptado entero y sin reservas por la Nación Mexicana, para hacer de él nuestro blasón de honor y de gloria. Habéis sido el principal obrero de la paz; la habéis hecho en el campo, en la ciudad y en las conciencias; la habéis incrustado en nuestro suelo con las cintas de acero de los rieles; la habéis difundido en nuestro ambiente con el humo de nuestras fábricas, y os esforzáis con gigantesco esfuerzo en transformarla en frutos que anhelan nuestros amigos ricos y en mieses que cubran nuestras planicies, regadas ya con su maravilloso toisón de oro. Y con todo esto habéis preparado el porvenir, pero era preciso que quien tuviera conciencia de ese porvenir, fuese un pueblo libre. un pueblo libre no sólo por el amor á sus derechos, sino por la práctica perseverante de sus deberes; para ello habéis incesantemente impulsado y fomentado un vasto sistema de educación nacional, matriz fecunda de las democracias vivas, y este sistema queda teóricamente coronado hoy; vuestro nombre perdurará grabado en él como oro en hierro.

Y como si mucho habéis hecho por la Patria, ella que os ha seguido siempre, que os ha apoyado siempre, que os ha creído siempre, ha hecho por vuestro prestigio y por vos más de lo que habéis hecho por ella; ella aplaude hoy esta soberana obra vuestra, segura de que será fecunda, porque fía en que todos los árboles que sembráis crecen frondosos, porque conoce el secreto del éxito constante de vuestras empresas: vuestro amor íntimo y profundo al pueblo, vuestro padre, y vuestra fe genuina é irreducible en el progreso humano.

#### NÚMERO 133.

Cablegrama del señor Rector de la Universidad de París al  
señor Licenciado don Justo Sierra, Secretario de Estado  
y del Despacho de Instrucción Pública y Bellas Artes, en  
que le transmitió el saludo de aquélla á la Universidad  
Nacional de México.

Al señor Sierra, Secretario de Instrucción Pública:

La Universidad de París, la más vieja de las Universidades, saluda el nacimiento de la Universidad de México. Se siente orgullosa de haber sido escogida como su primera madrina. Quisiera tener el poder de las hadas para darle desde la cuna, con el amor de la Patria, el de la ciencia y el de la humanidad. Le desea que tenga y guarde siempre estos tres amores, que son la triple razón de ser de las Universidades modernas.

El Rector de la Universidad,  
Liard.

cación. Siempre aprendiendo y siempre enseñando, en ti se concentrará la vida moral de tu hermoso país, que en los climas más contrastados ostenta las riquezas más variadas y que á la tradición artística de los indios une lo mejor de España, una cortesía exquisita. Sé, pues, para tus alumnos, una fuente eterna de luz y de verdad. Aunque digan lo contrario unos filósofos extraviados, lo malo es ignorar. La serpiente que se encuentra en tu escudo nacional no es la de los libros sagrados, la que indica el árbol de la ciencia. Es la serpiente de la ignorancia. Cógela, pues, como el águila, para echarla fuera de tu país, y despliega al sol tus alas brillantes. Tienes que ser el alma misma de tu Patria; y si quedando neta y profundamente mexicana, comulgas más y más con los otros pueblos en un ideal común de generosidad internacional, entonces yo te reconoceré como á mi hija predilecta, porque el espíritu de Francia siempre está donde se engrandece la humanidad.»

Señores, en nombre de la Universidad de París, tengo el honor de saludar, en la Universidad que inauguramos, la nueva y gloriosa encarnación del alma mexicana.

#### NÚMERO 135.

**Saludo de la Universidad de California á la Universidad Nacional de México, leído por el señor Doctor don Benjamín Ide Wheeler, Delegado de la primera, en el acto de la inauguración de ésta, el 22 de septiembre de 1910.**

El Senado Académico de la Universidad de California saluda muy expresivamente á los fundadores de la nueva Universidad Mexicana, á los directores de la instrucción popular, al docto varón don Justo Sierra.

Nos causa singular placer la noticia de que en breve se inaugurará en la ciudad y República de México una nueva Universidad, que difundirá la luz del saber de igual manera que por siglos enteros la han difundido la Escuela de la Vieja Luteia y la Universidad de Salamanca. Que vuestra Universidad sea nuestra compañera y aliada en esta nuestra parte occidental del orbe, ya que nosotros los hijos de California vivimos antes sujetos por dilatados años, como vosotros los mexicanos, al Imperio Hispano, y hoy por hoy moran todavía en esta tierra numerosos individuos que hablan el idioma español, reverencian abuelos españoles, aman grandemente los monumentos literarios españoles, han viajado con provecho por los confines mexicanos y se dedican á negocios del comercio mexicano. Por todo lo cual esperamos que vuestra Universidad se nos ligará en lo venidero con estrechísimos vínculos de buena voluntad; y por tal motivo y con el fin de que personalmente os haga presentes su adhesión y buenos deseos, al par de los nuestros, delegamos á nuestro Presidente y jefe, Benjamín Ide Wheeler, Doctor en Filosofía y derecho, muy caro á nuestros corazones y distinguidísimo entre nosotros.

¡Prosperidades para la nueva Universidad, y que florezca por dilatados años! ¡Unanse para siempre jamás las Universidades Californiana y Mexicana, como guías principales en la obra de educar á los pueblos de origen español que habitan en ambas Américas!

Jacobo Sutton,  
Secretario.

Berkeley de California, septiembre 10 de 1910.

#### NÚMERO 136.

**Saludo de la Universidad de Ginebra á la Universidad Nacional de México, leído por el señor Henry Perret, Delegado de la primera, en el acto de la inauguración de ésta, el 22 de septiembre de 1910.**

Lux post tenebras

La Universidad de Ginebra á la Universidad de México.

El Rector y el Senado de la Universidad de Ginebra envían sus salutations á la Universidad de México y expresan sus más sinceros y fervientes votos por esta nueva Escuela de Altos Estudios que celebra hoy su fundación. Desde hace muchísimos años la República Mexicana ha extendido por el mundo su reputación de Estado moderno, á causa del notabilísimo desenvolvimiento que ha dado á todas sus instituciones, y las potencias de Europa y América no han cesado de rendir homenaje á México como país de progreso y de libertad. Hoy corona el Gobierno Mexicano la obra realizada por la Patria Mexicana, al erigir un templo á la ciencia con la fundación é inauguración de la Universidad de México. Es un acto memorable el de esta fundación. La ciencia, en efecto, es la expresión más alta del desenvolvimiento de un pueblo; es la resultante de todos los esfuerzos hechos por las generaciones del pasado y del presente, bajo la dirección de los hombres de genio, quienes son los verdaderos directores del pensamiento humano. Por esto, el Rector y el Senado de la Universidad de Ginebra saludan con gran satisfacción á la nueva Universidad de México. ¡Qué viva y extienda en el mundo las luces de la ciencia!

El Rector,  
Ed. Montet.

Ginebra, septiembre de 1910.

Un sello con la leyenda: «*Sig Scholae Genevensis. Lux post tenebras.*»

#### NÚMERO 137.

**Saludo de la Universidad de Oviedo á la Universidad Nacional de México, leído por el señor don Telesforo García, Delegado de la primera, en el acto de la inauguración de ésta, el 22 de septiembre de 1910.**

Universidad de Oviedo

A la Universidad Nacional de México, que ha de inaugurarse solemnemente en 22 de septiembre de 1910, saluda con amor su hermana la de Oviedo; y evoca la memoria de reputadas cátedras abiertas desde el glorioso siglo XVI en la región americana de Nueva España, hoy rica, progresiva é independiente República.

Que sean las nuevas aulas mexicanas emporio de saber, sostén de la Justicia, impulso á todo adelantamiento, y plantel de patrióticos ciudadanos, bajo el Gobierno del Excelentísimo señor General don Porfirio Díaz y de los llamados sucesivamente á la Presidencia Nacional; son votos sinceros y efusivos de la Escuela en el Principado de Asturias.

Al Excelentísimo señor don Justo Sierra, Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, y á los demás acertados promotores, organizadores entusiastas, sabios maestros y estudiantes animosos de la Uni-

versidad Nacional de México felicita y congratula la de Oviedo por medio de sus Representantes-Delegados, señores Licenciado Manuel García y Alvarez, alumno graduado de nuestra Facultad de Derecho, y don Telesforo García, Profesor de la Extensión Universitaria, designados para asociarse en nuestro nombre á los actos y fiestas de la fundación académica y á los del Centenario de la emancipación mexicana, interpretando los deseos del Rector y Claustro de esta agraciada Universidad Asturiana-Leonesa, dispuesta ahora y siempre á mantener cordiales relaciones con la fraternal institución de México. Oviedo, 12 de julio de 1910.

El Rector,  
Fermín Canella.

Al Excelentísimo señor Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes.

México.

#### NÚMERO 138.

**Discurso pronunciado por el señor Doctor Alfred Marston Tozzer, Delegado de la Universidad de Harvard, en el acto de la inauguración de la Universidad Nacional de México, el 22 de septiembre de 1910.**

Señor Presidente y señores de su Gabinete:

Señor Rector de la Universidad:

Señoras y señores:

Satisfacción profunda experimenta la Universidad de Harvard al presentar sus felicitaciones más sinceras á Vuestra Excelencia á propósito de estas fiestas de la Independencia Nacional.

La Universidad tiene también el recuerdo de que aquí en México se formó la institución de enseñanza libre más antigua en este continente.

La Universidad Nacional de México empieza sus trabajos bajo los auspicios más favorables y no cabe la menor duda de que, dirigida por la mano cuerda de la Secretaría de Instrucción Pública, irá siempre adelante.

#### NÚMERO 139.

**Saludo de la Universidad de Harvard á la Universidad Nacional de México, leído por el señor Doctor Alfred Marston Tozzer, Delegado de la primera, en el acto de la inauguración de ésta, el 22 de septiembre de 1910.**

Ve-ri-tas Christo et Ecclesiae

El Presidente y personal del Colegio de Harvard al Presidente de la República de México:

Salutación: La Universidad de Harvard envía sus más calurosas felicitaciones al Presidente de la República de México con motivo del centésimo aniversario de su Independencia, y hace memoria del hecho de que México fué el asiento de la institución más antigua de educación superior en el Hemisferio Occidental. La Universidad de Harvard augura para la Universidad Nacional de México la prosperidad, felicidad y utilidad que su acertada inauguración predice.

Los Delegados de la Universidad de Harvard, Alfred Marston

Tozzer, Ph. D., Instructor de Arqueología Centroamericana, y Thomas Barbour, A. M., Conservador de Oceanía, han sido los encargados de transmitir esta salutación y, por su participación en las ceremonias inaugurales de la Universidad, como asistentes, los comisionados para expresar la cordial simpatía y la cooperación de la Universidad de Harvard en la gran obra á la cual está llamada la Universidad Nacional de México.

Dado en Cambridge, el primer día de agosto, en el año de Nuestro Señor de mil novecientos diez y doscientos setenta y cuatro del Colegio de Harvard.

A. Lawrence Lowell,  
Presidente de la Universidad de Harvard.

#### NÚMERO 140.

**Saludo de la Universidad de Yale á la Universidad Nacional de México, leído por el señor Doctor Ernest Carroll Moore, Delegado de la primera, en el acto de la inauguración de ésta, el 22 de septiembre de 1910.**

New-Haven, Connecticut, E. U. A., junio 27 de 1910.

A la Universidad Nacional de México.

Salud:

Las autoridades de la Universidad de Yale se complacen en nombrar á Ernest Carroll Moore, Doctor en Filosofía, Profesor de Educación, de esta Universidad, para que represente á Yale en las ceremonias relacionadas con la inauguración de la Universidad Nacional de México. La labor anterior del Profesor Moore en relación con el Departamento de Educación de ese país y su gran interés por los problemas del mismo, hacen de él un Delegado especialmente adecuado para esta ocasión. No solamente representará á la Universidad de Yale, que fué establecida en 1701, sino también su presencia, esperamos, asegurará á ustedes los sentimientos amistosos que existen en los Estados Unidos de América hacia el vecino del Sur. Pueda vuestra Universidad florecer por muchos siglos y ser un factor potente para la educación, la libertad y la paz.

Auson Phelps Stokes (jr.),  
Secretario.

#### NÚMERO 141.

**Saludo de la Universidad de Pennsylvania á la Universidad Nacional de México, leído por el señor Doctor Leo S. Rowe, Delegado de la primera, en el acto de la inauguración de ésta, el 22 de septiembre de 1910.**

La Universidad de Pennsylvania saluda fraternalmente á la Universidad Nacional de México y le ofrece su cooperación en la realización de sus altos fines.

Con esta cooperación podemos dar al mundo entero la fórmula de la nueva época que está inaugurándose: la substitución de la competencia por la cooperación.

Entre las Universidades no hay fronteras; no puede existir otra idea ni otro fin que la realización de los más altos ideales de la humanidad.